

## Educación y amor: el latido de la misión personal

Miguel Ángel Gómez Gudiño

Maestro en Estrategias Reeducacionales Multidimensionales. Director general Educare FM/Director, productor y conductor en *Luz en vuelo*. Educare FM (Estación de radio por internet) Luz en vuelo el sendero de las luciérnagas (programa de radio por internet en [www.radiosofando.com](http://www.radiosofando.com) y [www.radiosofando.com.mx](http://www.radiosofando.com.mx)). [mro.miguelangelgomez@gmail.com](mailto:mro.miguelangelgomez@gmail.com)

“El educador es el hombre que hace que las cosas  
difíciles parezcan fáciles”.  
Ralph Waldo Emerson

“La educación es el arma más poderosa que puedes  
usar para cambiar el mundo”.  
Nelson Mandela

El verbo es acción y la acción que late desde el profundo corazón impulsa la trascendencia en el ser. Hay verbos que son imperativos y nos guían por el sendero del deber ser, de lo moral, incluso son la brújula para encontrar el camino de nuestra vida. Ya en el templo dedicado a Apolo se daba la sentencia: *Debes conocerte a ti mismo* misma que obligaba a toda persona que consultara el Oráculo de Delfos a hacer esa introspección. Hoy en día es más cercano a una invitación. Sea cual sea la forma de acercarnos al conocimiento de nosotros mismos pondrá nuestro corazón al servicio de la educación.

La labor educativa es una de las más significativas en la vida de quien la ejerce desde el compromiso vital de transformar el mundo, dejar un legado que impulse a las nuevas generaciones, saber que nuestra misión se cumple en cada persona que tocamos con el corazón es una recompensa inconmensurable. Si bien, es un apapacho al corazón recolectar estos frutos, es requerido haber sido semilla, pasar momentos en la oscuridad que nos han fortalecido hasta empezar a germinar,

---

crecer y florecer, para sembrar nuevas semillas que deseamos florezcan. Un ciclo que se repite y aspira a transformarnos a todos.

¿Cómo llegamos a vivir esta misión? ¿Estamos predestinados? ¿Ser educador es una misión que nos encuentra o la buscamos? Quizá no importen estos cuestionamientos porque cuando se descubre esta pasión se nos modifica hasta el ADN, recuperando o encontrando un sentido de pertenencia, una magia y un deseo profundo de cambio.

El encuentro con el arte de educar es tan grande como el famoso *¡Eureka!* de Arquímedes, que da luz, significado, transforma vidas, tanto del que educa como la de los educandos. Este proceso nos permite adaptarnos al momento presente, pues al ir avanzando el tiempo, los cambios que devienen nos enseñan. Aprender y enseñar, nos invita a extraer lo mejor de nosotros y de los demás.

A algunas personas la pasión y el amor por educar les viene de la infancia, reconociendo su liderazgo e inquietud por enseñar, a otras el camino de la vida los pone en situación de trabajar como profesores y aunque buenos en sus profesiones no siempre son los mejores como docentes, también nos enseñan a transformarnos para poder ejercer nuestra profesión de mejor manera; otras personas profesionales de la educación llegan por caminos y espacios informales o no formales que les abren el panorama como un gran abanico de posibilidades que dota de un significado y sentido de vida tan especial como los descubrimientos que han cambiado al mundo. Un segundo nacimiento, el primero, cuando llegamos al mundo dados a luz por nuestra madre, y el momento en que la idea de ser educador revolotea en nuestro corazón es ese segundo instante de ser dados a luz.

Sócrates, uno de los más grandes educadores nos enseñó a vigilar lo correcto, a explorar la utilidad del conocimiento y preservar grandes valores en la enseñanza; aun cuando su destino fue funesto, desprestigiado por corromper a la juventud aceptó las consecuencias de sus actos y convicciones. Así pues, cuando uno descubre su destino como profesional de la educación, trasciende sus deseos más incipientes y primarios que obedecen al ego de ser famoso o millonario.

Esos deseos se quedan en lo mundano, se olvidan entre la cotidianidad de las aulas y las tizas dado que se sabe que el corazón bombea fuerzas que permiten acceder al mundo de lo importante, de lo significativo, a seguir objetivos que vean más allá del horizonte; apuntamos a las estrellas para darle a la luna, y seguramente tocamos muchas estrellas en todos esos intentos.

La riqueza que tenemos y generamos radica en lo que nos convertimos mientras vamos avanzando en el camino de nuestra maravillosa actividad, cada sitio, cada interacción humana, cada contacto con el corazón más allá de los contenidos de las materias que enseñamos nos piden conocer, abre puertas a la creación de mundos nuevos, de utopías que valen seguir, de sueños que trascienden el tiempo y el espacio en el que coincidimos porque formamos consciencias, liberamos dogmas y aprendemos a ser libres.

La educación es la vida misma y no la preparación para la vida sentenciaba Dewey, por eso uno de los elementos más importantes en el educador es el ejemplo que da a sus discípulos, enseñar a vivir a través de las acciones más que de las lecciones; los valores y herramientas que nos permiten bien ser y bien vivir que transmitimos a los demás tienen que ser vividos por nosotros los que tenemos el privilegio de educar.

Amar para educar es uno de los grandes dones que tenemos que desarrollar, amar es pensar bien de todo y de todos, es saber en el bien perfecto aun cuando las apariencias no permitan verlo, es quitar nuestros prejuicios hacia las condiciones, circunstancias y características de nosotros y de los demás, es ir develando la perfecta creación del diamante, de la obra de arte que está dentro de los convencionalismos, dogmas y constructos sociales que nos permiten más o menos la permanencia en un momento histórico y espacio físico determinados; amar es ir a favor de los potenciales propios y de la otredad, es fomentar los talentos que nos hacen únicos, entendiendo el talento como una forma de contribución y servicio a la sociedad, nutrir con nuestras habilidades y facultades innatas o aprendidas la experiencia de otros seres humanos.

Hay cuatro caminos que al unirse en el ser humano, dentro de su corazón integran formas de ser, formas de vivir y de ponernos al servicio de la misma educación lo que implica extraer lo mejor de nosotros y los otros desde el interior, encontrar las motivaciones y valores, integrar la personalidad con el sentido de trascendencia, convertirnos en la mejor versión que podemos ser, educadores y educandos por igual.

Los caminos que impulsan este sendero de la reeducación interna y la educación que trasciende son:

**Filosofía** que permite la reconexión a través de la reflexión sobre la esencia de nuestra vida y como vivirla, desde encontrar el para qué de nuestra existencia, la indagación sobre la identidad del ¿quién soy? Averiguar sobre los valores que definen nuestros actos y la guía para atestiguar la felicidad propia y ajena nos permite poner norte a nuestra vida; pensar y cuestionar nuestras vidas, conocimientos, aptitudes y actitudes lleva a tomar mejores decisiones para caminar en la integridad de lo que vamos descubriendo que somos.

**Arte** como elemento integral de la sensibilidad y las emociones que invita al acto sublime del asombro, incorpora en la vida las formas sutiles de la naturaleza desde la más sencilla forma de vida hasta la más compleja intensión humana, el arte conmueve, expande, crea y da vida a nuevas ideas, cura heridas, abre caminos y da esperanza de un mundo mejor.

**Ciencia** que nos enseña el funcionamiento del mundo, con todas sus leyes y principios, es la forma de responder al mundo físico que nos conecta con los otros, la ciencia vincula la vida de la exactitud con la sensibilidad que nos da vida.

**Didáctica** como amalgama para comprender el mundo, respetando las formas en las que aprendemos tanto los temas escolares hasta la trascendencia y paso por nuestra vida, la didáctica aglutina experiencias y respeta la diversidad de las mismas y de los agentes que participan en el proceso educativo.

Impactar en la vida de otras personas, construir mundos mejores, generar utopías es una labor de quienes participamos en este acto ma-

raviloso de educar. La libertad de la humanidad como estandarte que guía los empeños, la preparación constante, la autorreflexión; el amor por educar motiva, impulsa, vivifica nuestra existencia y hace que las estrellas brillen más, que la luz interna emerja de entre los nubarrones de la ignorancia, codicia y dogmas que lucran con el espíritu humano. Educar con amor es evocar, encender y mantener activa la lámpara votiva intrínseca en nuestro corazón, la flama guía que inspira revoluciones personales que transforman al mundo.

La huella que deja el educador no necesariamente es lo que enseña desde el currículo, sino el ser humano que emerge en el educando desde como lo hace sentir; valioso, importante, trascendente. Por eso la labor del educador implica sentirse pleno, feliz, con valía, que su trabajo importa, para que a través de las acciones pueda recibir el impulso de sentirse capaz de construirse a sí mismo y trascender su espacio tiempo.

Educar es crecer y cuidar la semilla que fuimos, para florecer y esparcir semillas, darles el sustrato alimenticio para que sus raíces se hagan fuertes y florezcan para que a su vez esos educandos haga lo propio y poder poblar con gran belleza y vegetación los desiertos de la desesperanza que se han creado por ideas de poder desde el egoísmo y no desde el poder del ser.

Quien educa se transforma y transforma su entorno, construye libertades, constituye un espíritu de servicio y ve a la otredad con la totalidad de sus posibilidades, de los potenciales que están dentro del otro, quien educa se esculpe primero a sí mismo, quitando el material que sobra en su constitución como los paradigmas, los miedos, las paredes de prejuicios y lo obtuso de miradas limitantes, un trabajo de pulido constante, para poder dar las herramientas para que los depositarios de nuestra guía hagan lo mismo, por supuesto que tenemos la posibilidad de modelar, de dar forma a esos seres en expansión, claro con respeto y gran responsabilidad.

Este trayecto no resulta fácil pues hay que sortear distintas vicisitudes que van estrellando contra los muros de la cotidianidad esas ideas de vanguardia, esas formas de compartir la libertad, porque mu-

---

chos sistemas resultan obsoletos, vamos transitando muy lentamente hacia la educación que requerimos los seres humanos en estos momentos de la historia de la humanidad. Nos hemos quedado anquilosados en los procesos que se crearon en la época de la revolución industrial en donde se generaron las formas tradicionales de la educación formal. Es labor de los educadores reencontrar esa flama interna que nos llena de luz y efervescencia, calor y color a nuestra pasión, a la misión eterna que nos permita trascender, recordar el compromiso signado en las esferas de la creación.

Kavafis en su poema a Ítaca nos recuerda que aprovechemos todas las experiencias del viaje, que vivamos en plenitud todo el trayecto aunque al final del mismo, Ítaca no nos dé lo que imaginamos al embarcarnos, porque Ítaca no nos engañó, simplemente nos motivó, nos movió del lugar en el que estábamos, ese sitio que quizá nos mantenía cómodos o no pero que nos enseñó a soltar apegos, nos dio los elementos para vencer nuestros más profundos miedos, nos invitó a navegar, a aprender, a reeducarnos y a trascender.

Hacer lo que amamos y amar lo que hacemos nos dará grandes momentos de libertad, creatividad, unión con la vida, paz y consciencia limpia, nos brindará la fortaleza y aceptación de las circunstancias que nos tocan vivir para ser seres de nuestro tiempo, no en la resignación sino en el estoicismo de Sócrates, amar la profesión educativa es vivir en plenitud la elección que renueva la energía para seguir adelante, da esperanza de dar alas para volar; enseñamos y nos enseñan los planes de vuelo para trascendernos a nosotros mismos.

La labor educativa no solamente implica enseñar algo a la otredad, es forjar espíritus en constante reflexión desde la observación interna y de su entorno, ser crítico en su investigación y acercamiento con el mundo para que la verdad siempre sea su eje de acción a partir del amor, es buscar la generación de paz, vivirla y ser su portavoz.

En amor, servicio, aprendizaje y trascendencia.